

do Fernando. Se adelantó graciosamente á recibir á la hija de la Condesa, y le tendió la mano. Ésta afectó no haber visto este movimiento, y le saludó con frialdad; y luego, dirigiéndose á su madre, que la miraba con angustia, le dijo:

—Perdón, madre mía...; me he entretenido en el parque... Tenía dolor de cabeza, y el aire puro me ha hecho bien... Y aún no ha sonado la campana llamando á comer...

—Hemos tenido que poner otro cubierto;— dijo la Condesa.—El Barón nos hace el favor de comer con nosotros y acompañarnos en la velada.

Edmea no hizo un gesto de asentimiento, ni dijo una palabra más. Se sentó, cogió su labor, y pareció no preocuparse de la presencia del hombre á quien aborrecía. Al dirigirse al comedor, la Condesa, que se apoyaba en el brazo de Fernando, díjole al oído con acento suplicante:

—Por Dios, Fernando, sea Ud. indulgente con mi hija.

—¡Oh!—contestó él;—yo la encuentro muy razonable. No ha de exigirse todo en un día. Hoy no me ha parecido tan enojada como otras veces... Yo haré todo lo que sea preciso.

Regina le miró con tierna gratitud, y le hi-

zo sentar á su lado. La comida acabó sin otro incidente. El Barón habló mucho, con discreción y desembarazo. Edmea no dejó oír el metal de su voz. Después de los postres, se levantó, saludó á su madre y al Barón, y se fué.

Esta actitud no dejó de turbar un poco á Fernando. Al retirarse á su casa, con el cigarro en la boca, mecido por el suave movimiento del coche, recordaba la fisonomía de la joven, y pensaba que aquella áspera trigueña no le ponía buena cara. Pero, ¡bah! Si no cedía en su enojo, se la ponía en un colegio, y asunto concluido. Él se encargaría de convencer á la Condesa de que su hija era un estorbo y convenía tenerla á distancia.

Al día siguiente volvió, tan asiduo, solícito y acicalado como siempre. Miró con atención á la *trigueña*, como él decía, y, con cierto enojo, advirtió que ya era casi tan alta como su madre. Tenía ya casi diez y seis años, y era fuerte y robusta, como toda muchacha criada en el campo, con los hombros anchos, el talle delgado, gruesos puños, las manos quemadas del sol, la frente correcta, un poco saliente, coronada de una cabellera oscura y rebelde, y unos ojos negros con largas pestañas... Por lo demás, el mismo aire de enojo, el mismo mutismo, interrumpido solamente por las exigencias de la cortesía, y el

mismo deseo de marcharse en cuanto le veía...

—Á lo menos—decía Fernando,—no disimula sus sentimientos, y ya sé á qué atenerme respecto de ella.

Sin embargo, había en aquella tenacidad fría y reflexiva una energía y una firmeza tan impropias de una jovencita, que Fernando, á pesar de su despreocupación, sentía una vaga inquietud. Veía constantemente los ojos de Edmea fijos en él con una intensidad mortificante. La miraba él fijo, y ella apartaba un momento la vista, pero luego volvía á espiar todos sus movimientos y todas sus miradas.

Quiso, como había prometido á la Condesa, vencer la antipatia declarada de Edmea, y se mostró muy obsequioso y amable con ella: le trajo de París, cuando fué á buscar los documentos de familia indispensables, un hermoso neceser, lleno de objetos de oro para labor. La joven le dió gracias, puso el neceser sobre una mesa, y el día siguiente notó Fernando que ni siquiera le había abierto.

No podía, en realidad, quejarse. En la actitud de la joven no había nada violento, no había una resistencia franca; lo que había era una corrección perfecta y la frialdad del marmol. Fernando se convenció de la inutilidad de sus esfuerzos, y no se ocupó más en agradarla. La

Condesa, por su parte, procuraba en vano domar aquel terrible carácter, y había empleado ya todos los medios. La ternura había hecho llorar á Edmea, pero no la había podido arrancar concesión alguna. Contestaba á su madre con una lógica implacable.

—Cuanto más cariñosa esté Ud. conmigo, tanto mayor es mi pena, viendo que una parte de ese cariño, la más grande, se la da Ud. á un extraño...

La viuda, empeñada un día contra su voluntad en discutir esta cuestión del afecto exclusivo que su hija parecía querer imponerle, exclamó irritada:

—En fin, en la vida de una mujer no existe sólo el amor maternal; existe también el amor conyugal.

Edmea miró friamente á su madre, y replicó:

—Sí, una sola vez.

La Condesa palideció, y no supo qué contestar. Es decir, que á quien su hija rechazaba era al sucesor que la Condesa daba á su padre muerto. Lo que reprobaba era el abandono de la fidelidad de su madre al esposo que no existía. Y así lo declaraba firmemente.

La lucha tomaba por este modo un carácter de tal suerte violento, que la Condesa llegó á ex-

cederse en la cólera, y á poner á Edmea fuera de sí, en el caso de hacerle olvidar el respeto que debía á su madre, y darle respuestas que la Condesa no podría dejar de tener presentes toda la vida.

—En suma—le dijo una noche la Condesa:—¿por qué he de sacrificarle yo mi libertad, si tú no quieres sacrificarle tus preocupaciones?... ¿Es, por ventura, que yo soy la que debo ser la más generosa?

—Quizá debiera Ud. ser la más prudente.

—¿Qué quieres decir?

Edmea estuvo un momento indecisa; sus mejillas se colorearon, sus ojos se hundieron más sombríos que nunca bajo sus cejas, y á través de su vestido se hubiera podido ver con qué violencia latía su corazón. Y con una audacia que hasta entonces no había usado, contestó:

—Quiero decir, mamá, que es preciso que esté Ud. ciega para no conocer que ese á quien usted quiere sacrificarlo todo, es un hipócrita y un embustero. Cuando habla con Ud., no pone Ud. atención más que en el sentido de sus palabras; pero no advierte Ud. si suenan á verdad ó á mentira. Yo, que le oigo, y no le oigo para aplaudir lo que dice y entusiasmar-me con sus frases yo oigo bien, muy bien, que

miente; yo, que le observo, y no le observo para admirarle, comprendo bien que la engaña á Ud.

—¿Y para qué? ¿Qué interés puede tener?...

—¿Qué interés?... Pues es muy sencillo: el suyo.

Y añadió con un acento irónico, que estremeció á su madre como si la amenazara un látigo:

Y esa es una cuestión que es preciso reservar para el Notario.

—En ese punto sé lo que tengo que hacer;—repuso la Condesa con invencible emoción.—Y en cuanto á tí, renuncio á procurar que tengas mejores ideas. Tu manera de ser va á hacer imposible que estemos juntos todos, y será preciso que nos separemos.

La viuda había reservado este último argumento. Esperaba que esta amenaza haría ceder á su hija, imponiéndole más prudencia. La joven no pestañeó siquiera; sus labios temblaron imperceptiblemente, y bajó la vista.

—Lo había previsto—contestó con firmeza.—Si he comprendido bien lo que se ha hablado delante de mí; tiene Ud. intención de ir á pasar en París el invierno. Yo deseo quedarme en Croix-Mort. Rosalía y su marido me servirán, y viviré tan tranquila como lo puedo es-

tar, guardando la casa de Ud. Nuestro buen Cura me hará compañía, y, además, yo no me aburro jamás cuando estoy sólo.

—Sea como quieras—dijo la Condesa.—No te castigaré privándote de la libertad, llevándote á un colegio de París, como podría y quizá debiera hacerlo. Tienes un carácter tan duro, que exigiría la compañía de personas extrañas para que se hiciera flexible y blando. Pero yo te concedo que es sincero el pesar que aparentas, y sólo culpo á tu carácter de las inconveniencias que me dices. Quédate aquí, pues así lo quieres; puede ser que la soledad y la reflexión te aprovechen. En todo caso, y te hablo también en nombre de mi prometido, puedes estar segura de que bastará que pronuncies una palabra para que donde nos hallemos te recibamos como si nada hubiera pasado entre nosotras.

Edmea inclinó la cabeza, como dando gracias, y se retiró silenciosa.

Desde aquella noche no hubo ya más discusiones ni más combates. La materia estaba agotada. La señora de Croix-Mort, después de asegurar la situación de su hija, moral y materialmente, se consideró libre ya de toda obligación.

Acercábase el día del casamiento. Debía ve-

rificarse en la iglesia de Clairefont, en presencia solamente de los testigos. Por la tarde, los esposos debían salir para París. Regina lo había querido así, y Fernando estaba conforme con todos sus deseos. La víspera, la Condesa, que vagamente temía algún supremo esfuerzo de su hija, entró en la habitación de ésta, para prepararla al último golpe.

—Mañana—le dijo—no tendremos tiempo de hablar... y he querido conferenciar contigo otra vez solas las dos. Me has hecho mucho daño, hija mía; no cifro mi orgullo en no llorar, y te aseguro que me has hecho verter muchas lágrimas... Á lo menos, que nuestras luchas sean un secreto que no salga nunca de nosotras... No demos lugar á malévolos comentarios... Mañana nos verán todos... y espero que no me darás un nuevo motivo de pena y de aflicción.

—Nada tema Ud., madre;—respondió Edmea.—He hecho todo cuanto he podido para disuadirla del proyecto que va á realizar mañana... Si tanto ha sufrido Ud., le suplico humildemente que me perdone... No me ha guiado ningún sentimiento ruin y mezquino... De todo corazón deseo que no tenga Ud. motivo de arrepentirse. Y nadie pedirá á Dios tan sinceramente como yo que aparte de Ud. todas las desgracias.

Abrazó á su madre, la acompañó hasta la puerta con la más completa sangre fría, y luego, cuando estuvo sóla, cayó de rodillas junto á su cama con un grito de desesperación, y allí estuvo largo tiempo llorando y gimiendo. La Condesa, muy impresionada por el lenguaje de su hija, pasó la noche sumamente agitada. Tuvo un terrible sueño, en que se veía martirizada por el bello Fernando, y no teniendo más refugio ni otro consuelo que Edmea.

Se despertó muy fatigada, y por primera vez no halló en el fondo de su corazón la misma imperturbable confianza.

No tuvo, sin embargo, tiempo de ceder á esta penosa impresión. La mañana pasó con la rapidez de un sueño. Pronunció el solemne *sí* ante el alcalde de Clairefont, que era uno de sus colonos, el abuelo Courtois; firmó el registro, se dejó abrazar con una graciosa familiaridad por el viejo representante de la ley, atravesó por entre un grupo de cincuenta ó sesenta personas paradas á la puerta de la alcaldía, y entró en la iglesia, donde se echaban á vuelo las campanas, de las cuales una había sido regalo de su primer marido á la iglesia, y ella había sido la madrina en el acto de la bendición, antes de subirla á la torre.

La iglesia, á la entrada, estaba oscura; pe-

ro el altar aparecía profusamente iluminado y decorado con macetas y flores. Una alfombra cubría los escalones para subir al altar, en el mismo sitio donde, cuatro meses antes, había oído sonar los pasos firmes y aristocráticos del galán Fernando. Aquel día, su hija estaba á su lado, y ella había tenido que reconvenirla suavemente porque miraba con curiosidad al vecino, en vez de leer devotamente su libro de misa. ¡Cuánto camino había recorrido desde aquel día! El Barón de Ayères era el que estaba á su lado, elegante y altivo, delante de su reclinatorio forrado de terciopelo, y su hija, en sitio aparte, arrodillada, pidiendo á Dios, como le había prometido, la ventura de su madre que se iba á separar de ella. Regina sufrió una terrible angustia, oprimiéndosele el corazón en tan crítico momento. La campanilla del acólito sonó al elevar el sacerdote la Hostia consagrada; se inclinó hacia la tierra maquinalmente, y se oyó un sollozo. Levantó los ojos, y á pocos pasos, junto al banco señorial, que hacia doscientos años estaba reservado en el templo á la familia de Croix-Mort, vió á Edmea de rodillas. Tenía la cabeza apoyada en el respaldo del banco de roble tallado, y este parecía vacío. Ninguno de los servidores de la casa se había atrevido á llegar allí. Juan Billet, con su blu-

sa nueva, con su bandolera de guarda y su placa de metal brillante como un espejo, en pie derecho y rígido su macizo cuerpo de atleta, parecía proteger á la niña.

En aquel momento, Regina se preguntó si había hecho todo lo que debía hacer; si había amado todo lo que debía haber amado á su hija, cuyo único defecto era parecerse á su padre; si había asegurado su tranquilidad y procurado su felicidad. Sintió profunda turbación en su alma, y oprimió su corazón la más grande de las amarguras. Súbitamente se sintió acometida de una fatiga, de un cansancio penoso, y recordó que ya no era joven. La ilusión, que la había hecho soñar placeres desconocidos en brazos de un nuevo esposo, se desvaneció como una ligera neblina, y, como en sueños, vió distintamente el gran salón de la casa Croix-Mort. Allí estaba sentada cómodamente, más vieja, con sus cabellos blancos; se entretenía, sonriente y feliz, en insignificantes labores, mientras dos niños, sus nietos, jugaban sobre la alfombra. Veía por la puerta abierta una amorosa pareja que paseaba por la terraza. Eran Edmea y su marido, contentos, tranquilos, gozando de la existencia sin temores ni pesares, y dando á su madre en la vejez el dulcísimo consuelo del espectáculo de su felicidad.

Este cuadro era tan bello, tan tranquilo, tan encantador, reunía tan completamente las felicidades de la vida, que no podía apartar de él los ojos. Y una voz al mismo tiempo murmuraba en su conciencia: "Mira, mira la verdadera y segura felicidad. Esta felicidad, en tu mano estaba haberla obtenido. No tenías que hacer para lograrla más que no empeñarte en perseguir quimeras y en volar por el vacío de las ilusiones, y haber permanecido tranquilamente en la tierra. Tenías una hija, que te hubiera dado completa esa ventura. Te hubiera puesto sus hijos sobre tus rodillas, como flores vivas, y tu corazón, curado de todo lo ideal, se habría saturado de exquisitas ternuras. Pero has querido otro amor. Anda, pues; anda por el camino que has preferido, y no te quejes si le encuentras penoso, rudo y escarpado para tus delicados pies."

Esparciose por el aire el incienso, y las últimas palabras del sacerdote sonaron fatídicas en los oídos de Regina. La visión deliciosa desapareció, y ante sus ojos no encontró más que al hermoso Fernando, que le sonreía, al mismo tiempo que acariciaba su bien peinada barba de oro.

Después, la visita á la iglesia para dar gracias al Cura; saludo á los aldeanos, que la espe-

raban en la plaza de la iglesia con ramos de flores; *lunch* servido en la terraza del castillo para los colonos, y últimos preparativos de prisa y corriendo para el viaje. Todo se desvaneció en la febril agitación de la partida. No quedó impreso en la imaginación de Regina más que el *adiós*, grave y la mirada triste de su hija, abrazándola tiernamente en el estribo del carruaje, y la exclamación de enojo de Fernando, que, faltando á su galantería habitual, exclamaba.

—¡Bab! ¡bah! Acaben Uds. de una vez, que se nos va á marchar el tren.

Cerrose la portezuela, partieron los caballos, Edmea desapareció, el castillo se perdió de vista, desfilaron los árboles de las avenidas como otros tantos rápidos fantasmas, y apareció el camino polvoriento, este camino que dejaba atrás la prudencia y conducía á la fantasía y á lo desconocido.

## VII

Los primeros días de su vida solitaria parecieron muy penosos á Edmea. Vagó errante por las habitaciones en la casa desierta, como un alma en pena. Empezó á recordar con fruición las angustias de las últimas semanas, porque aquellas mismas dolorosas angustias eran animación y vida. Pero este silencio, esta soledad, eran imagen del sepulcro. Se encerró durante algunos días en su cuarto, y vivió en medio de los objetos que le eran familiares, haciendo que se le llevara allí la comida, y figurándose, por un esfuerzo de imaginación, que había gente cerca de ella, y que no tendría que hacer más que bajar al salón para encontrar allí á su madre, leyendo, como de costumbre, alguna novela, tendida en un diván.

—Señorita —le decía la anciana Rosalía—hace Ud. mal en no salir; verá Ud. si se nos pone mala. Hace un hermoso día, un poco frío, pero seco. Ya podía Ud. ir siquiera hasta el estan-